

Los niveles de realidad y de conducta y su importancia decisiva en la vida humana¹

En plena Edad Media, alguien se acercó a los canteros que trabajaban afanosamente en las obras de una catedral y les preguntó qué hacían:

- “*Estoy desollándome las manos con este pico para poder subsistir*”, contestó uno rápidamente.
- Un compañero agregó: “*Ejercito mi profesión y gano un salario para sostener la familia*”.
- Tras pensarlo un instante, un tercero manifestó lo siguiente: “*Construyo una bella catedral para gloria de Dios y honra de la humanidad*”.

Los tres artesanos realizaban el mismo trabajo, pero, al hacerlo, se movían en niveles de realidad y de conducta distintos. El primero se movía en el *nivel 1*. El segundo, en los *niveles 1 y 2*. El tercero, en los *niveles 1,2,3 y 4*. Los tres tenían razón en lo que afirmaban, pero se hallaban en planos distintos en cuanto al sentido que imprimían a sus vidas y a la calidad creativa de su trabajo. El primero se hallaba estancado en las tareas del *nivel 1*, que sólo procuran la subsistencia biológica. Los otros dos ampliaban –en medidas distintas- el horizonte de su vida, sin desatender la tarea que estaban realizando, antes dándole un sentido superior.

Para orientarnos en la vida, hemos de tener una idea clara de los distintos niveles de realidad y de conducta en que podemos vivir. Un transeúnte vio a un niño que llevaba un niño más pequeño a cuestas y le dijo: “*¿Cómo cargas tu espalda con semejante peso?*” El niño le contestó: “*¡No es un peso, señor; es mi hermano!*”. ¿En qué nivel se hizo la pregunta y en cuál se dio la respuesta? El niño intuía que llevar con afecto a un hermano a la espalda (*nivel 2*) implica cargar con un peso (*nivel 1*), pero no se reduce a ello.

I Niveles positivos

Nivel 1

A este nivel pertenecen las realidades que son meras cosas u objetos. *Objeto* procede del verbo latino *ob-jacere*, estar ahí enfrente. Los objetos no están insertos en mis proyectos de vida. Se hallan fuera de mi mundo. Figurémonos que estoy en mi despacio y alguien me pide que almacene en él varios ordenadores. En ese momento, tales artefactos no me resultan útiles; son para mí meros objetos que pesan y ocupan lugar. No me ofrecen posibilidades; sólo me plantean el problema de colocarlos. Son puros paquetes que debo almacenar. Estoy, respecto a ellos, en el puro *nivel 1*, el nivel de los objetos poseíbles y manejables.

Luego advierto que se trata de un modelo nuevo de ordenadores que presentan ciertas ventajas sobre el que estoy utilizando. Dejo de verlos como meras realidades pesadas y extensas para considerarlos como fuente de posibilidades para mi trabajo. Esta nueva forma de verlos – basada en sus cualidades- los convierte en “ámbitos”. Tomo uno para mi uso; asumo

¹ Este artículo complementa el publicado anteriormente con el título: “**La pedagogía de la admiración y su fecundidad educativa**”.

activamente las posibilidades que me ofrece y escribo mis libros con mayor facilidad y rapidez. Al hacerlo, se establece entre *mi* ordenador y yo una estrecha relación de operatividad. El ordenador es para mí un artefacto que me facilita el trabajo y lo tomo como un medio para ese fin. Es para mí un *utensilio*. Pero, como ha sido insertado en la red de mis proyectos vitales, se ha “ambitalizado” en cierta manera². Ha dejado de ser un mero objeto en mi entorno, algo que está ahí, delante de mí, para convertirse en un ámbito relacionado activamente conmigo. Yo soy el que decido en cada momento lo que he de hacer, pero lo hago dentro de las posibilidades que me abre el utensilio. Se establece, así, entre nosotros una especie de colaboración. Ello me dispone a dar el salto a un nivel superior de realidad y de conducta: el *nivel 2*.

Nivel 2

Más íntima que la relación del usuario con el ordenador es la de un intérprete musical con su instrumento. Éste le ofrece posibilidades de sonar; aquél le hace sonar de una determinada manera, conforme a las exigencias de los diversos estilos. El instrumento es distinto del intérprete, pero entre ambos se establece una forma de unión operativa más estrecha que en el caso del ordenador, porque la manera de recibir el uno las posibilidades del otro es más activa, más creativa. Estamos en el *nivel 2*, y empezamos a advertir que, al ascender de nivel, podemos unirnos a las realidades del entorno de forma más entrañable, pues, al asumir las posibilidades que nos ofrece una realidad, nos unimos con ella de forma muy viva, eficiente, colaboradora.

Esta colaboración debemos realizarla con agradecimiento y sencillez –por tratarse de un don-, no con espíritu de dominio, posesión, manejo arbitrario y altanero. La meta en el *nivel 2* no consiste en dominar y manejar, sino en crear formas de unidad fecundas, y eso se logra asumiendo de modo respetuoso y colaborador las posibilidades que nos vienen ofrecidas. No es correcto, por ello, decir que un pianista *maneja* un piano. *Se ensambla con él* para crear de nuevo una obra. El piano tiene mucho que decir en esa tarea. Posee más iniciativa en esa recreación que el ordenador cuando se presta a que alguien escriba en él. El ordenador pone sus recursos al servicio del que escribe, pero no sugiere en modo alguno el modo de hacerlo –como sucede, en cambio, de alguna forma con el piano-. Por eso su manejo se da todavía en el *nivel 1* y tocar el piano se da en el *nivel 2*. Es un juego creador³.

Una persona coloca una serie de libros en el mueble de su salón con fines meramente decorativos. Son objetos de bella factura y quiere exhibirlos. Los trata como simples objetos (*nivel 1*). Pero un buen día toma uno de ellos y empieza a leerlo. En ese momento, asciende al *nivel 2*, porque considera el libro como un ámbito –una obra que le ofrece múltiples posibilidades de formación- y se esfuerza por penetrar en su contenido e interpretarlo rectamente. Al hacerlo, gana una forma de unión con él tanto más honda cuanto mayor es la iniciativa de ambos: la del libro para ofrecer ideas fecundas; la del lector para asumirlas como impulso de su propio pensar⁴. El libro, como objeto, puede ser manejado, hojeado, subrayado, trasladado de un lugar a otro. Como obra de literatura o pensamiento, tiene vida propia, posee

² Adviértase que no digo “humanizado”, porque el utensilio sigue siendo una realidad infrapersonal. Lo justo es indicar que ha adquirido rango de ámbito, que es superior al de los meros objetos, pero inferior al de los seres humanos.

³ Las características del juego, visto no como mera diversión sino como una actividad creativa, son expuestas ampliamente en mi obra *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid ³1998, págs. 33-183.

⁴ “Un libro –escribe José Luis Borges- es una cosa entre las cosas, un volumen perdido entre los volúmenes que pueblan el indiferente universo; hasta que da con su lector, con el hombre destinado a sus símbolos”. El libro, en cuanto realidad material pesable, delimitable, asible, es un objeto o una cosa. En cuanto obra literaria, es una realidad abierta a los seres capaces de asumir las posibilidades que les ofrece. Es un “ámbito”, no una cosa. Al serlo, puede ser leída por un posible lector y existir plenamente como obra.

cierta autonomía, se abre a nosotros para ofrecernos determinadas posibilidades intelectuales, y nos pide una colaboración respetuosa. Estamos en el *nivel 2*.

La persona humana tiene un rango superior a los diversos útiles, instrumentos y obras culturales, por eficaces y fecundos que sean para nuestra vida diaria. Una persona no sólo me ofrece posibilidades de diverso orden y, en la misma medida, puede serme útil; es una fuente de iniciativa porque tiene deseos, anhelos y metas, persigue ideales, realiza proyectos; es capaz de dialogar, amar, agradecer y perdonar, sacrificarse y poner su vida al servicio de grandes ideales... No puedo, por tanto, reducir una persona a mero “medio para mis fines”; es un fin en sí misma, y debo verla en todo cuanto abarca, con la serie de relaciones que está tejiendo en su torno cada día (*nivel 2*). De ahí que el respeto con que he de tratarla haya de ser mayor todavía que el que debo mostrar al instrumento musical en el que vuelvo a dar vida a una obra y al libro que me abre nuevos horizontes intelectuales.

Por ser corpórea, la persona humana es susceptible de ser medida, pesada, agarrada, situada en un lugar u otro..., pero ello no nos autoriza a considerar que puede ser “manejada” en el sentido en que lo es un simple objeto o un utensilio. Una persona integra en sí diversos niveles de realidad, como queda patente en el simple acto de saludar. En él se distinguen diversos modos de realidad: el físico, el fisiológico, el psíquico, el afectivo, el creativo, el sociológico, el simbólico... Estos modos de realidad forman una *estructura*. Por eso, cuando el cuerpo se quebranta, la persona entera se siente enferma. Los médicos analizan la sangre de un paciente con métodos científicos, como si se tratara de un objeto, pero saben bien que es una *persona enferma* lo que están cuidando.

Treinta turistas se hallaban a punto de subir en un ascensor a un risco de los Alpes austríacos. Un funcionario echó una ojeada sobre ellos y ordenó a tres que se salieran. Un tanto molestos, preguntaron a qué se debía tal discriminación. “A que Vds., en conjunto, pesan unos 200 kilos”, contestó impávido el funcionario. El ascensor era una báscula, y el funcionario había observado que se excedía en esa cantidad el peso debido. Para cumplir con su función, no le importaba si esas personas habían pagado su billete o no, si eran de una clase social u otra, genios o necios; lo único que deseaba era ajustar el peso. En ese momento, los redujo a todos a meros *seres graves (nivel 1)*, pero lo hizo para garantizar su seguridad de *personas* que deseaban realizar un viaje seguro (*nivel 2*).

El rango de un ámbito es proporcional a su capacidad de abrirse a los demás y ofrecerles más y más altas posibilidades para dar lugar a algo nuevo dotado de valor. Por eso, aceptar las posibilidades que alguien nos ofrece como un don es, a su vez, un don que nosotros le otorgamos, pues con ello él se ve a sí mismo como ámbito, como fuente de iniciativa y vida creadora. La persona no sólo ofrece posibilidades, como todo ámbito, sino que puede hacerlo con la lúcida y cordial intención de enriquecernos.

Tengamos muy en cuenta que los seres humanos somos *ambientales, ambientalizadores y ambientalizables*. Al ser ámbitos de realidad, podemos abrirnos a otros ámbitos, ofrecerles nuestras posibilidades y potenciar su capacidad creativa, enriqueciendo así su condición de ámbitos. Y lo mismo sucede a la inversa: Otros ámbitos pueden enriquecer nuestra condición de ámbitos, al ofrecernos las posibilidades que ellos albergan. Este enriquecimiento mutuo se desmorona cuando practicamos el *reduccionismo*, es decir, cuando reducimos el valor de un ámbito de nuestro entorno.

- A cierto político se le atribuye la frase de que “toda persona tiene un precio”. Una obra de arte, un libro de calidad, una conferencia... tienen *valor*, pero no tienen *precio*. El precio de un libro no equivale a su valor. Mucho más debe decirse esto de una persona. Si indico que tiene “precio”, en el sentido de que puede comprarse su actitud ante la vida, se la rebaja al *nivel 1*. Pierde, con ello, su condición de fuente

libre de iniciativa y de posibilidades, y sufre una merma notable en su dignidad. Pero igual sucede a quien la trata con esa actitud, pues la vida humana es *relacional, interactiva*.

- Si un novio dice a su novia –o viceversa- que la ama con toda el alma y, en realidad, sólo estima el halago sensible y psicológico que le producen sus bellas cualidades, se equivoca radicalmente, pues no la ama como persona (*nivel 2*); la *apetece* como objeto atractivo, la toma como *medio para sus fines (nivel 1)*. La quiere por ser *cómo* es, por *tener* las condiciones que presenta, no por ser *quien* es.

Para mayor claridad en el uso de los conceptos, debemos notar aquí que una persona nunca puede ser reducida del todo a objeto. Puedo considerar a alguien como medio para mis fines, no como un fin en sí, es decir, como una persona que desea amar y ser amada con voluntad de colaboración, de enriquecimiento mutuo, de respeto profundo a sus condiciones singulares, de fidelidad constante a un ideal compartido. Si no colaboro con ella sino que intento dominarla, condiciono su vida de persona a mis intereses. Con ello *no la reduzco a objeto; la bajo de nivel*. Sé que es una persona, pero no la trato como tal; la considero como mera fuente de posibilidades para mí, no como persona deseosa de recibir posibilidades y desarrollar su personalidad. Numerosos testimonios de jóvenes revelan que no hay decepción más penosa para ellos que buscar amor personal en una relación y no encontrar sino apetencia sexual. “*Busqué amor –confesó una joven- y sólo encontré sexo*”⁵. Buscas amor personal cuando quieres desarrollarte como persona mediante el encuentro con alguien que parece capaz de crear formas íntimas de unidad. Si no lo es y reduce el encuentro contigo a un contacto fugaz y superficial, aunque sea psicológicamente conmovedor, deja frustrado tu más profundo y noble anhelo. Te somete a un empobrecimiento injusto, una especie de timo ultrajante.

Quienes rebajaban a otros seres humanos a condición de esclavos sabían muy bien que estos desventurados no eran meros instrumentos de trabajo, sino personas sometidas a un régimen laboral tiránico. El esclavo piensa, siente, quiere, tiene capacidad de retener las órdenes que se le dan y cumplirlas, pero es también capaz de improvisar sobre la marcha si en algún momento es necesario. El dueño reconoce esa condición y la pone a su servicio, cercenando el anhelo de libertad, de realización de ideales y apertura a un mundo mejor que alberga toda persona.

La peculiar reducción a objeto que implica la manipulación resalta en la práctica sádica de amontonar a numerosas personas en un vagón de tren y retenerlas así durante un largo viaje. Se las trata como si fueran paquetes, pero se es consciente de que su realidad tiene un rango muy superior. Este desequilibrio entre el respeto que ellas se merecen y el trato que se les dispensa confiere a tal acción un carácter ético muy negativo, pues destruye su autoestima. Si a una persona se la redujera *realmente* a paquete, se cometería con ella una grave injusticia pero no se la sometería a una lacerante humillación y al consiguiente sufrimiento. Al rebajarla de nivel, se la condena al tormento de verse envilecida.

Este rebajamiento de nivel se observa claramente en *La Metamorfosis*, de Franz Kafka⁶. Gregorio Samsa, el protagonista, se horroriza una mañana al verse con figura de insecto, pero sigue pensando, sintiendo, queriendo como una persona. Lo que perdió fue la figura de corredor de comercio que tenía ante la sociedad. Quedó rebajado a un nivel infrapersonal, no a un nivel animal. Su *figura* de animal es sólo una *imagen* del descenso de nivel a que estaba siendo sometido; del nivel propio de una persona que deseaba vivir una vida creativa era rebajado al nivel de una persona considerada como mero *medio para sostener la economía familiar*. Sus

⁵ Cf. Josh McDowell y Dick Day: *¿Por qué esperar? Lo que usted necesita saber sobre la crisis sexual del adolescente*, Editorial Unilit, Miami 1989, págs. 196-199.

⁶ Cf. *O. cit.*, Alianza Editorial, Madrid 1966. Un amplio análisis de esta obra puede verse en mi libro *Literatura y formación humana*, San Pablo, Madrid, págs. 147-156.

condiciones de persona capaz de ejercer una profesión y ganar un salario no eran utilizadas para potenciar su capacidad creativa y desarrollar su personalidad, sino para garantizar la tranquilidad económica de la familia. La única posibilidad que le quedaba de sentirse algo creativo en la vida era el proyecto que abrigaba de sufragar a su hermana Grete los estudios de violín en el conservatorio de Praga, la capital. Esa posibilidad –que lo unía como un hilo de oro al mundo de la creatividad y, por tanto, de la vida personal-, se anuló drásticamente cuando Grete –el único familiar que lo trataba con cierta obsequiosidad- subrayó ante sus padres la necesidad de reconocer que el ser extraño que tenían en casa ya no era *Gregorio* sino sencillamente un *bicho*. Entonces Gregorio fallece. Resulta estremecedor pensar que una persona sólo puede vivir como tal cuando en algún aspecto desarrolla una vida creativa, y tal actividad depende en buena medida de las posibilidades que le ofrezca su entorno.

Lo decisivo es la actitud humana ante los distintos modos de realidad

Hemos visto anteriormente que, en el nivel 2, podemos establecer relaciones cada vez más valiosas y creativas con realidades de rango progresivamente superior (el ordenador, el piano, el libro, la persona...). Si las tratamos con actitud dominadora y posesiva, tendemos a hacer tabla rasa de esas diferencias y reducimos tales realidades al *nivel 1*, tomándolas como medios para nuestros fines, simples “objetos que están ahí a nuestra disposición”. Sabemos bien que son relaciones distintas las que creamos con un ordenador, con un instrumento musical, con un libro, con una persona, y que, al tomarlos como simples utensilios para cubrir nuestras necesidades, no los reducimos a meros objetos. Pero lo cierto es que, si adoptamos una actitud egoísta, no reparamos tanto en la valía de dichas realidades -en su capacidad de ofrecernos posibilidades con cierto poder de iniciativa- cuanto en el hecho de que pueden satisfacer nuestras necesidades y deseos. Es importante distinguir los diversos modos de realidad con los que entramos en relación, pero lo decisivo es si adoptamos ante ellos una actitud de respeto, de adecuación a sus exigencias, o bien una actitud banalmente utilitarista. Sabemos bien que la tendencia egoísta al dominio suele volvernos toscos, elementales, insensibles al análisis cuidadoso de cuanto implican las distintas realidades de nuestro entorno. Por eso nos lleva a reducirlas a simples medios para satisfacer nuestros intereses. Con frecuencia, nos acostumbramos desde niños a manejar objetos de manera expeditiva (*nivel 1*) y luego aplicamos esa forma de trato a realidades -utensilios, instrumentos, libros, personas, instituciones- que, merced a las posibilidades que pueden ofrecernos, están llamadas a ejercer en nuestra vida un papel relevante si las tratamos con el debido espíritu colaborador (*nivel 2*).

Esta actitud descendente, empobrecedora, nos quita libertad interior y nos somete a las situaciones externas en que nos hallemos. Si éstas son desconsoladoras, no sabremos cómo levantar el ánimo. Ello explica que en situaciones límite, como las propias de los campos de concentración, la única salvación posible sea mirar hacia lo alto, es decir: asumir el ideal de la unidad y consagrar la vida a realizarlo. Esta consagración permitió a no pocos reclusos orientar todo su dinamismo personal hacia lo alto, situarse por encima de la mezquindad espiritual de quien pretendía envilecerlos mediante el poder destructivo de las vejaciones y alcanzar cotas de gran dignidad⁷. Estamos, con ello, en el *nivel 3*.

Nivel 3

Para adoptar de manera estable la actitud de generosidad y colaboración que nos exigen las realidades que no son objetos sino ámbitos (*nivel 2*), necesitamos estar vinculados de raíz no sólo a las personas e instituciones sino a ciertas sutiles realidades que parecen meras ideas pero son decisivas para vivir plenamente como personas. Me refiero a *la bondad, la verdad, la*

⁷ Da testimonio emotivo de ello un testigo excepcional, el psiquiatra Viktor Frankl, en su bellissimo libro *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1979, págs. 74-75. Versión original: *Man's search for meaning. An introduction to logotherapy*, Pocket Books, Nueva York, s.f., p. 114.

justicia, la belleza, la unidad. El animal, por tener “instintos seguros” -que ajustan su actividad a las condiciones de supervivencia-, no necesita inspirar su modo de actuación en esos grandes valores. Actúa bien –es decir, garantiza su existencia y la de la especie- con sólo dejarse llevar de sus pulsiones instintivas. El ser humano necesita orientar dichas pulsiones hacia la realización del ideal auténtico de su vida. Tal ideal consiste en crear formas elevadas de unidad con espíritu de amor incondicional a la bondad, la verdad, la justicia, la belleza.

Este vínculo profundo con tan altos valores sólo es posible cuando renunciamos a la voluntad de dominio, posesión, manejo arbitrario e interesado y nos hacemos sensibles a lo más noble y valioso. Esa fina sensibilidad para lo elevado nos hace sentir la insospechada fecundidad de unos valores que no se nos *imponen coactivamente*, pero muestran un poder *imponente* para colmar nuestra vida de sentido, creatividad y libertad interior. Por eso presentan para nosotros un valor excelso y nos *atraen* poderosamente, sin *arrastrarnos*. Cuando sabemos responder positivamente a la llamada de estos valores, experimentamos su fuerza transfiguradora. Esa energía interior la adquirimos en el *nivel 3*.

Un alto dirigente de empresa tenía en su mano conceder ciertas licencias sumamente solicitadas. Recibía toda suerte de recomendaciones. Él las aceptaba con tranquilidad, bien seguro de que no quedaría atrapado en una red de intereses, porque su vinculación profunda e inquebrantable al valor de la justicia le daba una inmensa libertad interior. “*Dile que se hará justicia*”, me decía imperturbable cuando le comunicaba que alguien se empeñaba en que recomendara su solicitud. Si le hubiera preguntado qué tipo de realidad tiene eso que llamamos “la justicia”, me hubiera dicho seguramente que para él no era algo tan real, tan serio y fecundo como lo es un criterio de vida, una pauta, una orientación segura.

De modo análogo, si a Mozart le dijera alguien que “la música” es sólo una palabra, una idea, pues lo único real son las composiciones, los instrumentos y los intérpretes, sufriría un ataque de risa ante tal banalidad y luego contestaría algo así: “La música es lo que me mueve a componer desde niño, lo que llena mi interior de belleza, de la energía de los ritmos, de la magia de las armonías, de la expresividad melódica... ¿Cómo no va a ser real? Es un principio de realidad, un origen enigmático, pero no por ello irreal. De él procede y en él se asienta el encanto insondable del arte de los sonidos”.

Justamente esto es lo que venía a decir el gran Platón cuando subrayaba, en el albor de la filosofía occidental, la importancia decisiva de las “ideas”, que no son meros “conceptos”, sino “principios de realidad”. Así, la belleza es el fundamento de todo lo bello⁸; la justicia, de lo justo; la bondad, de lo bueno; la verdad, de lo verdadero; la unidad, de lo uno...

Nos convencemos de que tales valores son reales y principios de vida en plenitud cuando *participamos* de ellos al vivir experiencias valiosas. Antoine de Saint-Exupéry nos cuenta en su obra *Tierra de los hombres* que dos pilotos jóvenes se hallan extenuados en el desierto. Su vida pende del hecho azaroso de que un beduino, el hombre más humilde del desierto, los descubra al pasar, se apiade de ellos y les ayude. Cuando la situación es ya desesperada, uno de ellos lo hace, renunciando a buena parte de la reserva de agua que le quedaba para su larga travesía. ¿Cómo se explica ese gesto heroico de generosidad? Sin duda porque, en lo hondo de su ser, se hallaba vinculado a la bondad de tal forma que su conducta obedecía a estas convicciones: “*El bien hay que hacerlo; el mal hay que evitarlo*”. “*Es bello hacer el bien; es feo practicar el mal*”. “*Es justo ofrecer posibilidades de vida a todos, incluso a los desconocidos*”. “*El que hace el bien es un verdadero hombre*”. Al vivir enraizados en la bondad, la justicia, la belleza, la verdad y la unidad, nuestra persona se transfigura, adquiere su máxima dignidad y adquiere un poder insospechado de transfigurar a los demás. Nada extraño

⁸ El carácter eminentemente real de las *ideas* lo expone Platón de modo especialmente nítido en el diálogo *Hippias mayor*.

que los pilotos se reconcilien, en la persona del beduino, con todos sus enemigos y deseen retornar a la unidad con los suyos:

“En cuanto a ti que nos salvas, beduino de Libia, tú te borrarás sin embargo para siempre de mi memoria. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No nos has visto nunca y ya nos has reconocido. Eres el hermano bienamado. Y, a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres (...). Tú me apareces bañado de nobleza y de bondad, gran Señor que tienes el poder de dar de beber. Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y yo no tengo ya un solo enemigo en el mundo”⁹.

Los jóvenes pilotos, tal vez hasta entonces sensibles a la amistad pero no enraizados incondicionalmente en el bien, la verdad, la belleza, la unidad y la justicia, hicieron, en su encuentro con el beduino, la experiencia de estos fecundísimos valores e intuyeron de súbito la grandeza que adquiere la vida humana cuando se eleva a ese nivel. De ahí su inmediata conversión a la amistad *incondicional*, la que se sitúa por encima de los sentimientos inspirados por el egoísmo.

Nivel 4

Para lograr que nuestra vinculación radical al bien, la verdad, la justicia, la belleza y la unidad sea *incondicional*, de modo que se mantenga por encima de cualquier vicisitud, debemos sentirnos religados por nuestra misma realidad personal a un Ser que no cambia y constituye la encarnación perfecta de tales valores. Dios, por amor, crea a las personas a su imagen y semejanza. Este acto creador las dota de una dignidad suma e inquebrantable, que las hace acreedoras a un respeto *absoluto*, es decir, *absuelto* o *desligado* de cualquier condición. Puede hallarse alguien, por culpa suya, en un estado de desvalimiento total, e incluso de envilecimiento e indignidad. No es digno de alabanza por ello, pero, como persona, merece ser tratado con respeto y bondad compasiva, porque su origen es el Señor absolutamente bueno. Al sentirnos religados, en el núcleo de nuestra persona, a Quien es la bondad, la verdad, la justicia, la belleza y la unidad por excelencia, situamos nuestra vida en el *nivel 4*.

Integración de los niveles positivos

La experiencia propia del *nivel 4* hace posible la del *nivel 3*, que es, a su vez, la base de la vida de encuentro propia del *nivel 2*. En un ser corpóreo-espiritual como es el hombre, estos tres niveles se apoyan en el *nivel 1*. Y, viceversa, la vida en el *nivel 1* adquiere un sentido personal en las experiencias propias del *nivel 2*, que, para ser auténticas, remiten al *nivel 3*, que, a su vez, requiere la fundamentación última del *nivel 4*. Esta implicación mutua y jerarquizada de los cuatro niveles es la base de su interna riqueza y del papel decisivo que juegan en nuestro desarrollo personal. Veámoslo sucintamente.

1. Por nuestra condición corpórea, los seres humanos debemos cubrir ciertas necesidades materiales. Para satisfacerlas, hemos de movilizar a menudo los servicios de otras personas. Si alguien trabaja fuera de casa para aportar a ésta un salario, tiene derecho a esperar que un familiar dedicado a las labores domésticas le prepare la comida y le arregle la ropa. Esto no implica egoísmo ni afán de dominio, pues viene exigido por el reparto de papeles y puede y debe hacerse con una actitud de mutuo respeto y estima.
2. Sucede, no obstante, que, al estar dotados de espíritu, no podemos quedarnos en una relación de mero trueque de servicios. Al tiempo que prestamos la debida colaboración,

⁹ Cf. *Tierra de los hombres*, Círculo de lectores, Barcelona 2000, págs. 165-166. Versión original: *Terre des hommes*, Gallimard, París 1939, p. 212.

- debemos otorgar felicidad a los demás, que son personas, no meros robots destinados a realizar una función determinada. La felicidad se da en el encuentro, y éste exige ante todo una actitud de generosidad, desprendimiento y abnegación. No basta adoptar una actitud de pura reciprocidad, según la cual tanto doy cuanto recibo, o doy para recibir. Hay que optar por *dar* y *darse*. Esta opción nos eleva al *nivel 2*. Vemos aquí con claridad cómo se entretejen los niveles. La persona humana es muy compleja, y ninguna actitud se da en estado puro; remite a otras que la fundamentan y colman de sentido.
3. Por su condición corpórea y espiritual, el ser humano tiende por naturaleza a *integrar* sus diversas potencias, las instintivas y las espirituales, y a procurar que éstas orienten aquéllas hacia el encuentro, y por tanto, hacia el bien, la justicia, la belleza, la verdad y la unidad. El hombre vive como persona y se perfecciona ascendiendo a los niveles superiores, a través del proceso de éxtasis o de encuentro, que lo eleva a lo mejor de sí mismo porque lo aúna consigo y con los demás. Al ordenar nuestras potencias de abajo arriba -lo que implica una jerarquización-, establecemos paz en nosotros mismos y en nuestro entorno. En cambio, si autonomizamos nuestra tendencia a poseer y dominar y poner todas las realidades a nuestro servicio -actitud propia del *nivel 1*-, nos volvemos inauténticos, falsos, porque nuestra verdad de hombres se patentiza cuando nos abrimos para crear encuentros (*nivel 2*) de modo bondadoso, justo y bello (*nivel 3*). Ese poder de ordenar todas las potencias a la creación de modos de unidad relevantes es privilegio del espíritu. Bien entendida, la energía que procede de la opción por el ideal de la unidad no se opone a la energía que albergan las fuerzas instintivas. Cuando nuestra meta es lograr los modos más valiosos de unión, ambas formas de energía se complementan, no se oponen.
 4. Nuestro organismo biológico se halla cerrado en sí. Aunque te quiera con toda el alma, mi corazón no puede bombear tu sangre si el tuyo enferma. Estamos aislados. Pero nuestro organismo, para subsistir, debe abrirse al entorno pues necesita aire, sol, alimento, agua... En cuanto personas, tenemos el privilegio único de poder contemplar todos los seres como algo distinto de nosotros, y decidir en nombre propio. Esta sorprendente autonomía se expresa en la breve partícula “yo”. La conciencia de poder decir “yo pienso esto y decido hacerlo porque lo quiero...”, nos inclina a sentirnos el centro de universo y olvidar que, si bien nuestro yo puede *distanciarse* de todos los seres del entorno, no puede *alejarse* de ellos. No hemos de olvidar nunca que nuestro ser es dinámico y su energía procede de dos centros: el *yo* y el *tú*, visto como el conjunto de las demás personas, las instituciones, los valores, todas las realidades que son para nosotros fuente de posibilidades.
 5. Quedarse en el yo aislado reduce el alcance de nuestra realidad personal y la empobrece. Limita nuestro haz de relaciones al campo de nuestros intereses vitales, más egoístas que altruistas. Nos retiene en el *nivel 1*, frenando la tendencia natural hacia los niveles 2, 3 y 4. Lo ajustado a nuestra naturaleza espiritual es ejercitar la fuerza de unificación que proviene del espíritu. Hoy sabemos por la ciencia que los seres humanos somos “seres de encuentro”. Lo somos por ser “ambientales”, ya que cada ámbito tiende de por sí a abrirse a los demás, ofreciéndoles posibilidades y recibiendo las que ellos le otorgan. Al tender por naturaleza a vivir creando encuentros, somos seres “ambientalizables” y “ambientalizadores”, es decir, podemos recibir ayuda de otros ámbitos para enriquecer nuestra vida y podemos -y debemos- ayudar a otros a vivir plenamente su condición ambiental. Por presentar estas tres condiciones, *lo normal es vivir ascendiendo*, unificando energías, creciendo al unirnos a cuanto nos rodea de forma bondadosa, justa y bella.
 6. Este movimiento ascendente o “extático” viene promovido por las normas juiciosas que recibimos, desde niños, de personas dotadas de sabiduría, expertas en el conocimiento de las leyes del crecimiento personal. Esas normas nos instan a integrar nuestras energías en orden a la creación de unidad: “*No nos cansemos de hacer el bien*”, nos exhorta San Pablo. “*Mientras tenemos ocasión, trabajemos por el bien de todos...*” (Gal. 6, 9-10). Las normas de este género nos instan a subir a niveles altos, vivir creativamente, considerar los niveles 2 y 3 como nuestro hogar. Si alguien nos dice que la cultura, el arte, la religión deben servir a la vida -entendida, de forma pseudoromántica, como una forma de actividad espontánea, no reglada por las normas procedentes del espíritu-, ya sabemos desde ahora que se nos

sugiere, de modo *reduccionista*, renunciar al movimiento de ascenso que viene dado por el proceso de éxtasis y ponernos en peligro de caer por el tobogán del vértigo. La vida biológica, con toda su trama de pulsiones vitales, encierra un gran valor. Toda actividad realizada con buena salud suscita cierta dosis de agrado. Lo agradable es valioso, no sólo por ser *placentero* sino por indicarnos que estamos ante algo *saludable*. Pero reducir toda actividad a fuente de goce es un reduccionismo ilegítimo, ya que el valor de lo agradable debe supeditarse a otros valores superiores, por ejemplo la propia salud, el bien de los demás... Para realizar un valor superior –por ejemplo, cuidar a un enfermo-, debemos a menudo renunciar a valores inferiores –por ejemplo, un rato de descanso-. Pero esa renuncia no implica una *represión* –el bloqueo de nuestro desarrollo personal-, sino un *ascenso a los niveles donde se da el encuentro*. Supone, por tanto, *la elevación a lo mejor de nosotros mismos*. No hay aquí conflicto alguno entre lo que de forma un tanto vaga se denomina *vida y espíritu*. Hay colaboración en orden al logro del ideal de la persona. Lo ha visto Gustavo Thibon con perspicacia:

“El verdadero conflicto no se plantea entre la vida y el espíritu, sino entre (...) la comunión y el aislamiento (...). Y la solución del conflicto no consiste en escoger entre el espíritu y la vida, que no son más que partes del hombre, sino en optar por el amor, que es el todo del hombre. El amor y su unidad se adueñan de todo en el hombre, incluso del conflicto”¹⁰.

De lo antedicho se desprende que nuestra forma de vivir es éticamente valiosa, es decir *justa*, cuando se *ajusta* a nuestra realidad personal y a las realidades vinculadas con nosotros. Los problemas morales son en buena medida cuestiones ontológicas, cuestiones relativas al modo de ser de nuestra realidad y las realidades de nuestro entorno vital.

Nuestra realidad humana es auténtica y verdadera cuando se traduce en vida generosa de encuentro, y ésta no puede darse plenamente si no hacemos una opción decidida a favor del bien, la verdad, la justicia, la belleza y la unidad. Necesitamos el *nivel 1* porque debemos cubrir múltiples necesidades, pero no hemos de considerar la satisfacción de éstas como nuestra meta en la vida. Ese nivel nos sirve de apoyo para ascender a niveles superiores -el 2, el 3, el 4-, que vienen exigidos por nuestra realidad de personas, si la vemos en su última raíz.

Un ejemplo de integración de los niveles positivos

En *El Alcalde de Zalamea* -de Pedro Calderón de la Barca, figura señera del Siglo de Oro español-, un campesino hacendado y honrado, de nombre Pedro Crespo, se solivianta ante los peligros que corren las jóvenes debido a la obligación que tienen los “villanos” de alojar en sus casas a las tropas reales. Don Lope de Figueroa, general del ejército que acampa en Zalamea, le replica:

*“¿Sabéis que estáis obligado
a sufrir, por ser quien sois,
estas cargas?”*

Pedro Crespo responde:

*Con mi hacienda,
Pero con mi fama, no.
Al rey la hacienda y la vida*

¹⁰ Cf. *Sobre el amor humano*, Rialp, Madrid 1961, p. 75.

*se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.
(Jornada I, escena XVIII)*

En este texto se alude a cinco niveles de realidad y de conducta. Con el término “cargas” se refiere Don Lope a la obligación que tenían los campesinos de albergar a las tropas transeúntes en sus casas (*nivel 1*), lo que implicaba no sólo incomodidades y gastos, sino riesgos nada leves para la honra de las hijas de cada familia (*nivel -1*). Don Lope, al hablar de esa forma, se mueve en el *nivel 1*: alude al mero hecho de tener que albergar a los soldados.

Pedro Crespo, preocupado por el peligro que corre el honor de su hija Isabel (*nivel -1*), se eleva rápidamente a niveles superiores. Reconoce que es deber de todo ciudadano servir al rey con lo que uno *posee* (la propia hacienda e incluso la vida *-nivel 1-*)¹¹. Pero el *honor*, entendido como el valor de la conducta moral recta *-nivel 2-*, no lo podemos entregar a nadie como si fuera un objeto o una posesión (*nivel 1*), pues “es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios”. El término “alma” alude aquí a la persona como ser creado por Dios a su imagen y semejanza y llamado a servirle exclusivamente a Él. El ser humano está tan obligado a cuidar su honor como a realizar el bien, la justicia, la belleza, la unidad (*nivel 3*), pues es la forma de actuar propia de quien viene de Dios y está llamado a volver a Él (*nivel 4*). El *nivel 3* surge al relacionarse dinámicamente la persona con el Creador. Al tomar *conciencia* de esa vinculación radical, nos vemos ob-ligados –vinculados de raíz- a realizar acciones bellas, buenas, justas y auténticas, es decir, verdaderas. Se dice que la conciencia es la que nos obliga a servir al bien, la justicia, la verdad, la belleza, la unidad (*nivel 3*). Es cierto, a condición de que se entienda la conciencia como “el heraldo de Dios”, en expresión del cardenal Newman (*nivel 4*). San Pablo, desde la cercanía en que vivía con Jesús –con el que se sentía identificado-, exhorta así a sus fieles cristianos: “*Por lo demás, hermanos, todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta*” (Fil 4, 8). Alude, con ello, claramente a la necesidad de vivir en el *nivel 2*, inspirados en todo momento por el compromiso radical que implica el *nivel 3*, bien fundamentado en el Ser absolutamente bueno, justo, verdadero y bello (*nivel 4*).

Según algunos eruditos, en el teatro del Siglo de Oro español el término *honor* se identifica con la *honra*, la *fama*, la *opinión* o *estimación* de los demás¹². En la moral cristiana se subraya la importancia de regir la conducta por criterios propios, internos, iluminados por la propia conciencia, independientemente de lo que piensen y juzguen las gentes del entorno. Dada la importancia que tiene para una persona que vive en sociedad la opinión de los demás sobre ella, se tendió en el teatro –afanoso siempre de reflejar las tendencias populares- a confundir el *honor* con la *fama* (término procedente del sustantivo latino *fama* -voz pública-). En sus inspirados versos, Calderón quiere delatar esa confusión banal y restablecer el sentido primigenio y profundo del *honor*¹³.

¹¹ Sabemos que la propia vida está situada en un nivel muy superior a la hacienda, pero da la impresión de que para el buen campesino es algo que uno *tiene* y que está dispuesto a *dar* si viene exigido por el bien común.

¹² Véase, por ejemplo, el prólogo de Domingo Ynduráin a *El alcalde de Zalamea*, Alianza Editorial, Madrid 1989, págs. 23 ss.

¹³ Véase el prólogo de Gabriel Espino a *El alcalde de Zalamea*, Editorial Ebro (Clásicos Españoles), Madrid 1956, págs. 15 ss.

II Niveles negativos

Nivel -1

Si, por haberse debilitado nuestra relación con el ideal de la unidad, carecemos de energía interna para ascender a los niveles 2, 3 y 4, nos movemos exclusivamente en el *nivel 1* y tendemos a adoptar una actitud egoísta. En consecuencia, damos primacía a nuestro bienestar, consideramos a los demás como un medio para nuestros fines, intentamos poseer y dominar cuanto nos rodea para incrementar nuestras gratificaciones de todo orden. Al no estar compensada esta tendencia al propio bienestar (*nivel 1*) con la voluntad de hacer felices a los demás (*nivel 2*), corremos riesgo de tornarnos egocéntricos e insensibles, poco o nada preocupados de ser bondadosos, justos y veraces con ellos, así como de unirnos a ellos y procurarles una vida bella. Al unirse esta insensibilidad con la costumbre de supeditar el bien de los demás a nuestros intereses, no tenemos mayor dificultad en hacérselo ver y sentir abiertamente, con lo cual herimos su sensibilidad y quebrantamos su autoestima. Iniciamos, con ello, el proceso de vértigo y bajamos al *nivel -1*.

Dos jóvenes se unieron en matrimonio, y tanto su posición social como su porte hacían presagiar un buen futuro. Tal presagio pareció cumplirse durante ocho años. Pero un día, tras una larga estancia en el hospital, a la joven esposa se le diagnosticó una enfermedad crónica, que no es mortal pero impide vivir normalmente. Cuando regresó a casa, las primeras palabras que oyó a su marido fueron éstas: “Lo siento, pero ahora ya no me sirves como mujer. Tengo que irme”. Y la dejó sola, con su hija. Esta frase dio un vuelco a su vida, porque le reveló de un golpe que su marido la había reducido a un medio para saciar sus apetencias (*nivel 1*), y, al perder calidad ese medio, resultaba para él “inservible” (*nivel 1*). Tal vez le haya dicho mil veces que la “amaba” con toda el alma. A juzgar por su actitud actual, nunca la amó de verdad (*nivel 2*). La *apeteció* (*nivel 1*) cuando ella tenía sus potencias en estado de florecimiento. Ahora la ve inútil, como un utensilio estropeado (*nivel 1*), y se apresura a canjearla por otro nuevo. Las operaciones de canje son típicas del trato con meros utensilios. Realizarlas con personas supone un rebajamiento de éstas al *nivel 1*. Es, por eso, un acto de violencia. Decirlo abiertamente a la persona interesada supone un ultraje e implica una caída en el *nivel -1*.

Nivel -2

Si alguien considera a otra persona sólo como un medio para sus fines -por tanto, como una posesión-, y no ve satisfechas sus pretensiones, puede llegar a desahogar su frustración con insultos e incluso con malos tratos, psíquicos y físicos. Se trata de una ofensa de mayor gravedad que la anterior y supone la caída en el *nivel -2*.

Actualmente, la sociedad se halla confusa e indignada ante el fenómeno de los malos tratos entre cónyuges. Se reclaman, para evitarlo, toda clase de medidas policiales y judiciales. Pero apenas hay quien se cuide de investigar las fuentes de esta calamidad social. El análisis de los niveles de realidad y de conducta nos permite radiografiar este fenómeno degenerativo y poner al descubierto algunas de las causas básicas de la misma.

Nivel -3

Una vez entregados al poder seductor del vértigo del dominio, podemos vernos tentados a realizar el acto supremo de posesión que es matar a una persona para decidir de un golpe todo su futuro. Al hacerlo, nos precipitamos hacia el *nivel -3*. No pocas personas manifiestan su estupor ante el hecho de que alguien mate a quien comparte con él la vida. Visto aisladamente,

es un hecho que parece inverosímil. Si lo situamos en su verdadero contexto (que es el *nivel -3*) y lo vemos como continuación del *nivel -2*, con cuanto implica, advertimos que estamos ante una caída por el tobogán del vértigo. Todo es injustificable, pero resulta perfectamente comprensible cuando conocemos las fases de la vía de envilecimiento que es el proceso de vértigo.

Nivel -4

En esta caída hacia el envilecimiento personal, cabe la posibilidad de llevar el afán dominador al extremo de ultrajar la memoria de los seres a quienes hemos quitado la vida. No pocos terroristas han mancillado las lápidas que guardan los restos de sus víctimas. Esta vileza los hunde en el abismo del *nivel -4*. La burla es una forma prepotente de dominio, propia de quien disfruta altaneramente al presenciar el espectáculo del ídolo caído. En el fondo, las actitudes propias de los niveles negativos son formas cada vez más agresivas de dominio. Están inspiradas por el ideal egoísta de dominar, poseer y disfrutar, así como las actitudes características de los niveles positivos responden al ideal generoso de la unidad y el servicio.

Nivel -5

El que se enfrenta al Creador con algún gesto blasfemo o agresivo se sitúa en el *nivel -5*.

Un ejemplo de caída en los cinco niveles negativos

El proceso de envilecimiento en cinco fases es recorrido por la figura literaria de Don Juan, configurada en el Siglo de Oro español por Tirso de Molina y recreada posteriormente por numerosos autores: Molière, Zorrilla, Torrente Ballester..., y de modo singular por Daponte-Mozart en la genial ópera *Don Giovanni*.

Don Juan representa el tipo de hombre que toma a las mujeres como medios para sus fines eróticos y –lo que es todavía más grave- para satisfacer su afán de dominio mediante la burla. Cuando su criado Catalinón lo califica de “el gran burlador de España”, Don Juan considera esta calificación como un “gentil nombre”¹⁴ y no duda en confesar que halla su mayor gusto en burlar a una mujer y dejarla sin honor¹⁵: “*Ya de la burla me río. ¡Gozaréla, vive Dios!*”¹⁶.

Don Juan no *enamora* a las mujeres; las *seduca* con falsas promesas y, no bien se le entregan, las deja burladas (*niveles 1, -1*).

Cuando alguien le hace frente para pedirle cuenta de sus tropelías, reacciona con violencia y mata (*niveles -2 y -3*).

Se mofa incluso de sus víctimas. Su afán de burla no se detiene ni ante el umbral que separa esta vida de la eterna: invita al Comendador, a quien él mismo había dado muerte alevosa, a cenar en su casa (*nivel -4*).

El orgullo que inspira su entrega pasional al vértigo del dominio le impide arrepentirse, acto creativo consistente en asumir la vida pasada como propia, reconocer que ha sido mal

¹⁴ Cf. Tirso de Molina: *El burlador de Sevilla y Convidado de piedra*, vs. 1280, 1485.

¹⁵ *O. cit.*, 1315-1317.

¹⁶ Cf. *O. cit.*, vs. 1345-1346.

orientada y prometer ante el Creador –origen del orden natural y el moral- configurar la vida futura con un proyecto existencial más ajustado a la dignidad de la persona. Don Diego dice a Don Juan:

*“Mira que, aunque al parecer
Dios te consiente y aguarda,
su castigo no se tarda,
y que castigo ha de haber
para los que profanáis
su nombre; que es juez fuerte
Dios en la muerte”.*

Don Juan contesta:

*“¿En la muerte?
¿Tan largo me lo fiáis?
De aquí allá hay gran jornada”¹⁷*

No resiste Don Juan la confrontación de sus actitudes negativas con las actitudes positivas que reclama la vida ética y la religiosa, y acaba destruyendo su personalidad, o, dicho en lenguaje religioso, “condenando su alma” (nivel -5). Don Gonzalo -el Comendador, representante en la obra del nivel ético y el religioso- le dice a Don Juan con energía:

*“Dame esa mano;
no temas, la mano dame”.*

Don Juan contesta:

*“¿Eso dices? ¿Yo, temor?
¡Que me abraso! ¡No me abrases con tu fuego!”.*

Don Gonzalo agrega:

*“Este es poco
para el fuego que buscaste”¹⁸*

Confrontación del espíritu y la vida

Esta confrontación que no resistió Don Juan –y que en la ópera de Mozart adquiere una expresividad sobrecogedora- la ha vivido el hombre europeo de forma dramática desde la gran quiebra espiritual que supuso la Primera Guerra Mundial (1914-1918). Atemorizado por los horrores del conflicto, el hombre europeo sintió aversión hacia la capacidad humana de planificar contiendas. Como tal capacidad procede del espíritu, inició una campaña agresiva contra éste y cuanto signifique vida espiritual auténtica, e intentó buscar una salida a la hecatombe mediante la entrega a lo que hay en nosotros de espontáneo, jugoso, multicolor, cambiante, creativo..., y que se expresó con la palabra “vida”. El espíritu permite al hombre “distanciarse” de la realidad, superar la unión fusional propia de los animales y dar a cada

¹⁷ (O. cit., vs. 1442-1450).

¹⁸ (O.cit., vs. 2740-2745)

estímulo distintas respuestas. En ese espacio de libertad que se abre entre el hombre y los seres del entorno se da la actividad creativa. Esta constituye el gran privilegio del ser humano. Pero, ante el abismo abierto por la hecatombe bélica, el hombre desvalido de la posguerra entendió a menudo este privilegio como una condena y juzgó preferible renunciar a la creatividad y obtener la tranquilidad que nos dan los llamados “instintos seguros”, los que garantizan nuestra pervivencia porque no son capaces de idear conflictos.

De tan falsa ilusión se derivó la nostalgia por el mundo infraespiritual, infrarracional, infrarresponsable, meramente instintivo. Esa tendencia a exaltar la “vida” frente al “espíritu” agostó en buena medida la existencia humana pues la orientó más bien hacia las formas de unión que nos empastan con la realidad que hacia aquellas que nos sitúan *cerca pero a cierta distancia* y dan lugar a formas de *presencia* y *encuentro*. Tal orientación llevó a reducir el rango de los fenómenos que se dan en los niveles positivos: se interpretó el encuentro (*nivel 2*) como mera relación pasional (*nivel 1*), y se entendió la vinculación a la verdad, la bondad, la belleza, la justicia y la unidad (*nivel 3*) como la rígida atencencia a normas que coartan nuestra libertad (entendida como mera *libertad de maniobra*, propia del *nivel 1*), no como *libertad creativa* (*niveles 2 y 3*). Las normas éticas, cuando son juiciosas y por tanto fecundas, no coartan la libertad creativa; la hacen posible. Limitan la *libertad de maniobra*, pero nos instan a movernos en el *nivel 2* y darle a éste toda su solidez y alcance elevándonos al *nivel 3*, el del enraizamiento en los grandes valores de la verdad, la bondad, la justicia, la belleza y la unidad.

Cuando se nos prescribe “amar a los demás, incluso a los enemigos”, se nos invita a conceder a nuestra personalidad toda la fuerza creativa de que es capaz mediante la elevación a los niveles 3 y 4. Con ello se regula nuestra *libertad de maniobra* y se restringe nuestro afán de saciar nuestras apetencias de placer y, en situaciones conflictivas, de venganza. Pero esta restricción de un tipo de libertad precario, inferior a la libertad creativa, no sólo no implica un deterioro de nuestra vida personal sino que es condición ineludible para darle su plena capacidad de crear vínculos valiosos. De aquí se infiere una clave valiosísima para orientar nuestra vida: *Las normas, cuando son juiciosas y fecundas, nos instan a elevarnos a los niveles más altos de realidad y de conducta.*

Si no tenemos en cuenta lo antedicho, creemos estar en lo cierto al considerar el espíritu como algo odioso, por ser enemigo de la vida, mero defensor de normas rígidas, posible planificador de conflictos genocidas... Basta ver en conjunto el proceso de desarrollo de la persona humana para advertir que el enemigo a quien se ataca y rechaza es *el espíritu que se ha devaluado* por no moverse lúcida y voluntariamente en el *nivel 3*, bien fundamentado en el *nivel 4*. Cuando sentimos que nuestro espíritu desborda alegría y entusiasmo al vincularse inquebrantablemente a la bondad, la justicia, la verdad, la belleza y la unidad, entrevemos que las posibilidades de los seres dotados de espíritu son inmensas. Es lamentable ignorarlas, por no acertar a ver el lado positivo de la vida del espíritu. Vivir en el *nivel 3* no ha de interpretarse negativamente como el deber de atenerse a unas normas supremas que nos obligan a comportarnos con bondad, justicia, veracidad, armonía.... Yo me *ob-ligo* libre y gozosamente a estos altísimos valores porque nutren mi espíritu, dan sentido a mi actividad personal, otorgan a los encuentros que realizo una insospechada riqueza.

Moverse en el *nivel 3* pertenece a nuestra naturaleza personal porque somos “seres de encuentro”, y el encuentro perfecto pide bondad, justicia, veracidad, unidad, belleza. Es bello ser bondadosos, justos, veraces... La medida de estos valores nos viene dada por el Ser que es absolutamente bueno, justo, veraz, bello... La fidelidad a nuestro modo de ser más profundo nos lleva a entender la vinculación profunda a este Ser no como una merma de libertad sino como la forma natural de expandir plenamente nuestras posibilidades. En este sentido, *lo más elevado en calidad puede convertirse en lo más íntimo a nosotros, en cuanto lo asumimos como principio impulsor de nuestra vida.*

La condición relacional de los seres y la interrelación de los niveles

Sabemos que los distintos seres del universo se constituyen de forma relacional. Una elipse no puede polarizarse en torno a uno de sus centros: debe mantener la tensión entre el uno y el otro. Una planta tiene que abrirse a la luz y absorber agua. El hombre necesita relacionarse con cuanto le rodea para asumir toda suerte de posibilidades y ser creativo. Esa relación ha de tener como principio inspirador la bondad, la verdad, la justicia, la unidad, la belleza, que hallan en el Creador su última fuente.

Al integrar, de esta forma, la tendencia al encuentro propia del *nivel 2* con la opción incondicional por la bondad, la verdad, la justicia, la unidad y la belleza (*nivel 3*), vistas como principios de vida enraizados en el Creador (*nivel 4*), nuestra vida personal adquiere un desarrollo ilimitado. En cambio, si las diversas formas de encuentro son vividas como meras fuentes de gratificaciones para nosotros, carecen de impulso ascendente y corren riesgo de reducirse a puro intercambio de intereses, propio del *nivel 1*. De este nivel es fácil deslizarse hacia los niveles inferiores, como hemos visto.

Por eso es sumamente peligroso exaltar la *vida* y oponerla al *espíritu*. Al hablar de *vida*, no se alude sólo a la vertiente biológica de nuestra persona, sino a la tendencia a entregarse espontáneamente a las pulsiones instintivas y dejar de lado los criterios y normas que emanan del espíritu. Esa entrega supone que se da preferencia a la vida regida por “instintos seguros” y alejada de la responsabilidad y los riesgos que implica la actividad creativa, propia del espíritu. Esta deserción de la vida espiritual empobrece la vida humana y no permite resolver ninguno de los problemas planteados por la capacidad de pensar, sentir, querer, planificar... Si no cambiamos nuestro afán posesivo y dominador por una actitud de respeto y servicio, los problemas no harán sino acrecentarse a medida que se vaya amenguando nuestra capacidad de orientar todas nuestras energías hacia la realización del ideal de la unidad. Si los instintos se independizan del espíritu, acabamos poniendo la inteligencia al servicio de los instintos, que de por sí son insaciables y nos llevan a toda suerte de extremismos.

Por eso, ascender a los niveles 3 y 4 no es un lujo de espíritus selectos; constituye una garantía de autenticidad para cuanto acontece en el *nivel 2*. Moverse en el *nivel 3* es propio del ser humano visto como “ser de encuentro”, pues el encuentro perfecto pide adhesión incondicional a la bondad, la justicia, la veracidad, la belleza, la unidad. Con profunda razón solía advertir Romano Guardini que el espíritu humano enferma cuando no asume estos grandes valores¹⁹.

*“(...) La vida del espíritu se realiza en su relación con la verdad, con el bien y con lo sagrado. El espíritu está vivo y goza de salud por medio del conocimiento, la justicia, el amor y la adoración (...). ¿Qué ocurre cuando aquella relación es perturbada? El espíritu enferma. (...) Esto sucede con toda seguridad desde el momento en que la verdad en cuanto tal pierde su importancia, el éxito sustituye a lo justo y lo bueno, lo sagrado ya no se siente y ni siquiera se echa de menos. Lo que entonces ocurre no pertenece ya a la psicología sino a la filosofía del espíritu, y lo que puede resultar eficaz en tales casos no son medidas terapéuticas, sino tan sólo una inversión del pensamiento, una conversión, es decir, la **metanoia**”²⁰.*

El *nivel 3* –visto en su vinculación al 4 y al 2– constituye el “elemento” propio del ser humano, el lugar donde su espíritu puede desplegarse plenamente, mostrar toda su fecundidad creadora, hallarse en su hogar propio.

¹⁹ Cf. *El poder*, Cristiandad, Madrid, 1982, p. 77. (Versión original: *Die Macht*, Werkbund, Würzburg 1957).

²⁰ *Ibid.*

Millones de jóvenes se preguntan actualmente si existe alguna garantía de que el amor perdure. La única garantía es que el amor constituya un encuentro auténtico merced a su vinculación a los niveles superiores.

De los análisis realizados anteriormente se desprende que es decisivo en la vida adoptar la actitud adecuada a cada nivel o modo de realidad. Si lo hacemos, subimos extáticamente a lo más alto de nosotros mismos. De lo contrario, descendemos a los estadios más envilecidos de nuestra vida personal. Mantener esta idea ante los ojos, cuando influimos sobre los demás y cuando somos afectados por ellos, resulta muy aleccionador. Es el propósito de la teoría de los niveles de realidad y de conducta.